Paraíso

Aldara Ares

Capítulo 1

Aún resuena en mi cabeza la voz del hombre al que escuché afirmar que Dios nos enviaba a este mundo por algún propósito divino, que cada nacimiento llevaba consigo un destino. Cada alma llega imbuida de una misión. En mi silencio creía que conmigo esos designios se habían trastocado, que no era más que una criatura incompleta y defectuosa sin camino, resultado de un caprichoso error que incluso un ser divino puede cometer.

Tiempo después descubrí que no sólo Dios es el artífice de esos destinos.

Desde mi primer aliento, ningún rostro me acogió con ternura, la bienvenida se disipó en las sombras. El rechazo era mi fiel compañero, incluso por parte de mis "padres". No resultaba sencillo convivir con quienes creían que mi razón de ser radicaba en emponzoñar este mundo, que creía firmemente que no era más que un enviado del mismísimo Diablo... Y fue irónico, de una forma retorcida, descubrir que, en sus oscuros presagios, quizás no estaban del todo equivocados.

Capítulo 2

Era una noche fría y oscura entre todos aquellos imponentes árboles. Lo único que rompía el terrible silencio que anunciaba la muerte eran las veloces pisadas de un hombre de mediana edad y su acompañante embarazada.

Poco a poco, los árboles comenzaron a desaparecer, para dar paso a una zona más urbana y civilizada, aunque estaba claro que los habitantes de aquel pueblo se habían marchado recientemente. No obstante, la pareja no aminoró su ritmo hasta que estuvieron seguros de encontrar entre todas esas ruinas un lugar en el que estar a salvo.

- ¿Crees que aquí podrá encontrarnos? - susurró la mujer, con miedo de que alguien aparte de su marido pudiese oírla.

- No lo sé... Pero es lo más probable...

La poca tranquilidad que pudieron conseguir con su limitado descanso duró muy poco; ya que sentían que algo terrible se aproximaba con el propósito de darles caza. Uno de esos demonios guardianes del Infierno estaba cerca, con el único objetivo de castigarles por su pecado.

Tras unos segundos, aparecieron bajo la parpadeante luz de una farola varios perros, obedeciendo al dueño que les seguía muy de cerca. Eran unos animales famélicos, sin pelo en varias zonas de sus cuerpos desnutridos; algunos incluso con sus huesos al aire libre. Destacaba sin embargo uno en particular ya que tenía un aspecto más saludable que sus hermanos.

Así, todos ellos alzaron sus cabezas hacia la pareja casi al mismo tiempo, con ojos deseosos de atraparlos entre sus dientes y poder al fin comer algo después de tanto tiempo. La única salida que la pareja encontró factible fue huir lo más rápido que les permitiesen sus cuerpos derrotados. La manada no hizo ningún movimiento, esperaban la próxima orden.

Tras conseguir unos segundos de ventaja, se escuchó un silbido que acabó con todo el silencio, ya que fue seguido de los ladridos enfurecidos de toda la manada, que comenzó a perseguirles a una velocidad aterradora.

Después de correr durante unos segundos que parecieron eternos, llegaron de nuevo y casi sin darse cuenta al bosque colindante. Las nubes se habían apartado para mostrar una luna casi perfectamente redonda, que iluminaba todo lo que le era posible aquel laberinto de vegetación.

Entre jadeos el marido explicó que lo mejor que podían hacer era separarse e intentar que al menos la mayoría de aquellos horribles

animales lo tomaran a él como la mejor presa.

Sin embargo, fue todo lo contrario. Tras dividirse, todos los sabuesos fueron a por la mujer encinta, lo cual provocó que se arrepintiese por completo de su decisión, ya que sabía lo que eso suponía: Aquel monstruo iba a por él, y eso únicamente podía significar que su muerte era inminente.

Fue por ello que decidió dejar que sus piernas se paralizasen por completo, de forma tan repentina, que cayó de lado sobre su brazo izquierdo; con el fin de esperar a su asesino. El temor seguía inundando su cuerpo, pero sabía que nada podía hacer ahora. No tenía ninguna posibilidad de sobrevivir.

Unos minutos más tarde, aquella figura oscura y terrorífica llegó a su lado andando con un paso tranquilo. No había duda de que en todo momento supo cuál iba a ser el futuro de sus víctimas.

El tenue pero constante brillo lunar no logró revelar del todo su aspecto: Una figura humana con capas de ropa, cubierta toda ésta por una túnica rojiza de tela gruesa, cuya capucha creaba una sombra que le tapaba gran parte del rostro. Únicamente consiguió distinguir una figura con forma de serpiente verde y plateada que adornaba su cuello, a modo de collar, que contrastaba con la sangre que le caía de las manos y lo que parecía un trozo de cuero que le cubría al menos la parte inferior de la cara.

"No puede ser que haya conseguido dar con ella y pudiera además atraparme a mí"- Pensó el hombre, cuyo deseo hasta el momento había sido que su esposa sirviera de cebo para conseguir escapar. Sin embargo, lo que no esperaba era que la sangre que recorría la piel de aquel ser comenzase a moverse y, aunque al principio no tenía una figura definida, se convirtió finalmente en un afilado puñal carmesí, cuya aleación parecía no terminar nunca de gotear ni de moverse constantemente, como si quisiera seguir el circuito que tenía dentro del cuerpo en el que se encontraba hacía unos minutos.

A cada paso que daba, más se acrecentaba el latido proveniente de aquella hoja afilada, y más se aceleraba el pulso del pobre diablo que esperaba su final. Aquella figura estiró su brazo hacia arriba con el único fin de que el golpe adquiriese mayor velocidad, para que así la herida resultase mortal y, justo cuando iba a comenzar a rasgar la piel de su víctima; un cuervo negro surgió de la mismísima noche, picoteándole furiosamente en la mano y evitando así que rematase su caza.

El ave no se soltaba del atacante, que decidió que la mejor solución para librarse de ese bicho era arrancarle la cabeza de cuajo, tras lo cual el

animal cayó como si de plomo se tratase sobre el frío suelo.

- ¿No vas a dejar nunca de romper mis juguetes? – Sentenció pausadamente la voz llena de vitalidad del que, tras salir de las sombras, se trataba de un hombre alto, cerca de sus 40 años, de ojos castaños al igual que su pelo, un poco más oscuro este último en comparación.

Tras unos segundos de silencio y lo que se podría pensar que eran miradas recriminatorias del uno al otro, estando adornada la del último participante por una macabra y oscura sonrisa; el portador del puñal, con voz suave e imponente, aunque distorsionada por la máscara, dio su opinión al respecto:

- Tu "juguete" no me deja coger lo que me pertenece.

- Oh, vamos. No hay que ser tan avaricioso. ¿Es que quieres que Pluto acabe controlándote el resto de la eternidad?

- Dudo que fuese siquiera capaz de controlar a la alimaña que tanto apego le había cogido a mi mano. – Sentenció señalando el cuerpo espasmódico del cuervo con un seco movimiento de cabeza. Justo después volvió a mirar al que podía suponerse era aliado suyo.– ¿Qué quieres, Caifás?

- Me sorprende que aún no hayas visto que este pobre e inocente hombrecillo ha pasado a ser de mi propiedad desde hace un buen rato. – sentenció con tono afectado de forma jocosa – Pero claro, supongo que lo tuyo solo son las muertes y la sangre.

Tras un largo silencio, únicamente desdibujado por el suave viento de aquella noche otoñal, el ambiente comenzó a helarse, y los presentes sintieron como el foco de aquella gélida sensación no era ni más ni menos que el llamado Caifás.

El frío parecía brotar de su cuerpo, como una especie de amenaza hacia el encapuchado, con el único fin de que abandonase su objetivo; pero, a cuanto más frío hacía, mayor parecía ser su furia. En un momento ambos oponentes comenzaron con su duelo inmóvil, creando en aquel pobre hombre que nada tenía que ver con sus disputas el sentimiento de que se encontraba ante dos bestias que luchaban por su territorio, por su comida. Por él.

Así, por una parte, veía la sádica sonrisa y los ojos asesinos de Caifás; mientras que, aunque no podía distinguirlo por sus ropas, sentía como del dueño del puñal brotaba una mirada maligna llena de odio dirigida hacia su compañero, con el que era más que evidente que no le unían fuertes vínculos de amistad. Finalmente, el frío se fue disipando poco a poco, en señal de rendición, dando lugar a un ambiente más relajado tras el cual el

encapuchado volvió a hablar de nuevo:

- Si lo quieres es tuyo. Sé de sobra que tú también estabas capacitado para captarlo, al fin y al cabo, le pudo el amor propio y traicionó a su esposa para asegurarse la huida. Pero si no quieres que haga contigo lo que pensaba hacerle a él, la próxima vez se un poco más… consciente de con quién estás hablando. "Él" no es el único a quien debes respeto. – Sentenció mientras daba media vuelta y se marchaba de aquella escena. Tras un par de pasos se detuvo y giró la cabeza hacia Caifás. – Ya deberías saberlo. – Y continuó con su camino.

Aunque la sonrisa de locura todavía estaba presente en el rostro de Caifás, el odio volvió a ser palpable por un segundo en sus labios y podía suponerse que también en su mirada; ya no por la rivalidad entre ambos, sino por lo inferior que lo había hecho sentir. Delante además de aquel patético mortal. Nadie podía hacerle eso, ni lo volvería a hacer. Se alejó de sus pensamientos al escuchar unos ladridos de siniestra alegría que provenían de aquellos chuchos apestosos que al fin habían vuelto a reencontrarse con su dueño.

Se volvió por completo hacia aquel pobre hombre cuyo terror hacia esos monstruos le había dejado completamente petrificado. Los ojos de aquella bestia terrorífica mostraban un auténtico placer por el dolor, una necesidad que se iba a saciar con su muerte, sin que hubiese nada que pudiera evitarlo.

- Bueno amigo mío, hoy vas a estar de suerte - apuntó Caifás con un tono socarrón en su voz. - Te toca jugar conmigo.

A medida que iba diciendo esto último, el demonio se fue acercando a su víctima, poniéndose de cuclillas frente a él y colocando su rostro a escasos centímetros de la de su interlocutor; recordando que no era la primera vez que había matado a alguien simplemente por el terror que sus gestos infundían. Con un susurro le dijo al oído:

- ¿Y sabes qué es lo más divertido? – con lágrimas en los ojos y a punto de entrar en pánico, el pobre hombre atinó a negar levemente con la cabeza. - Que nunca me canso de jugar hasta que se rompen mis muñecos.

Los alaridos inundaron el bosque que seguía permaneciendo en silencio, escuchando sin perder detalle cuál era el destino de aquella pobre alma cuyo sino le había llevado a donde se encontraba ahora. A poca distancia se pudieron oír una serie de aullidos de perras famélicas, excitadas por haber podido saborear algo de carne.

Ya lejos de aquel lugar maldito, un reducido grupo se congregaba en el sombrío interior de un hospital abandonado. No solo buscaban refugio

para pasar la noche y asegurar su supervivencia, sino también aguardaban con ansias que la joven entre ellos recobrara al menos el recuerdo de su propio nombre. Ella, apenas una veinteañera, exhibía facciones dulces ahora ensombrecidas por la duda y el miedo, aunque sus ojos aún destilaban la inocencia que seguramente siempre la había caracterizado.

Un joven de cabello oscuro deambulaba entre las sombrías habitaciones, preguntando a todos cómo se encontraban. A pesar del evidente dolor que afligía a cada uno, más o menos grave dependiendo del caso, también era posible percibir la chispa de esperanza renacer en sus rostros después de tanto tiempo sumidos en un terror inimaginable. El joven iba de un lado a otro, reflexionando sobre las pérdidas y ganancias que la expedición les había deparado; aunque el viaje hubiera cobrado vidas y causados daños irreparables, también había devuelto a muchas familias a sus seres queridos, a quienes dieron por perdidos hace tiempo.

Y, sin embargo, aquella chica no pertenecía al mundo de ninguno de ellos. Con cabello negro azabache y rastros de tinte llamativo, parecía haber estado en el hospital durante un tiempo considerable, como lo sugerían tanto la bata gastada que llevaba como su frágil figura. Era lamentable que, en medio de la alegría por los rescates, nadie se hubiera percatado de su presencia ni se hubiera molestado en indagar sobre su origen o las circunstancias que la llevaron allí. Aunque también podía deberse a que por su culpa la misión por poco acaba en un fracaso absoluto. Fue entonces cuando el joven y Beatriz decidieron hacerle compañía, descubriendo que apenas podía articular palabra y que su memoria estaba prácticamente en blanco.

- No parece que vaya a recordar nada, no al menos a corto plazo. Lo siento Dante, no podemos hacer mucho más por ella.

Li le sacó de sus pensamientos de manera abrupta, pero tampoco le importaba en exceso, ya que había muchas tareas pendientes para proteger a todos los presentes, a poder ser con la menor cantidad de bajas posible.

- ¿Qué te ha dicho Trix?

- Lo que te digo, le ha pedido a Eli que le ayude con la chica y ninguna de las dos ha encontrado la forma de hacer que hable o que identifique algo o a alguien. Aunque Eli sí que ha visto que tenía un golpe bastante grande en la cabeza, pero ya casi ha cicatrizado por completo. Parece que fue eso lo que le provocó la amnesia. Tiene la teoría de que la pobre debió quedarse en coma después de la hostia por lo delgada que está y que despertó hace relativamente poco, sin recordar absolutamente nada, casi

sin saber hablar siquiera.

Dante miró a la chica con incertidumbre, preguntándose qué futuro le esperaba en un grupo donde nadie parecía preocuparse por ella y supuso que les tocaría a Trix y a él cuidar de ella. Aunque seguramente Li también pusiese de su parte para quitarles, aunque solo fuese un poco, ese peso de encima.

- Li, ven a echarme una mano, por favor – dijo en alto Trix desde la otra punta de la habitación para que su amigo pudiese oírle sin problema alguno.

Miró a Dante con un gesto de aburrimiento en el rostro mientras apoyaba su mano derecha en el hombro de éste, tras lo cual se dirigió sin dudarlo junto al pequeño grupo de tres. Sin pensarlo más, Dante se giró hacia el grupo más grande, dando a entender que se dirigía a todos los presentes:

- Sé que os alegráis mucho de volver a ver a vuestros seres queridos sanos y salvos, pero debemos ponernos en marcha ya. Algunos seguís heridos, aunque la mayoría tenéis todas vuestras heridas bajo control y estaréis de acuerdo conmigo de que será mejor buscar otro lugar, antes de dejar que nos vuelvan a encontrar solo por haber esperado dos minutos más. No podemos relajarnos. Ya no.

Aunque la felicidad seguía presente en el ambiente, las caras de todos los miembros se tornaron más serias, y aun malheridos, todos y cada uno de ellos hicieron lo posible por recoger a la mayor brevedad todas sus pertenencias para salir del hospital hacia un nuevo lugar en el que pudiesen vivir en paz durante al menos unos pocos días más. Una vez estuvieron listos, Dante se posicionó a la cabeza del grupo, seguido muy de cerca por Li, debiendo procurar nuevamente que el grupo fuese invisible para amenazas externas sin permitir al mismo tiempo que ningún miembro se separase. Trix por su parte se quedó en la zona central, llevando a aquella muchacha temblorosa cogida del brazo, acompañada de los bruscos movimientos que la chica hacía por el sonido de la vieja madera renqueando bajo sus pies.

Por su parte, Li decidió adelantarse al grupo para poder así explorar un poco. A Dante no le preocupaba en lo más mínimo, ya que era una costumbre suya que les había salvado de muchos problemas en el pasado. Ante él, un joven menudo de cabello castaño oscuro y ligeramente largo se internaba en la oscuridad que ahora envolvía las calles, como medida de protección, aunque ello también conllevaba que muchas veces no pudiese ver a nadie. Sin embargo, eso no solía suceder. A pesar de ser delgado y aparentemente no estar hecho para el deporte, su destreza residía en la velocidad, siendo capaz de escapar rápidamente o llegar a donde lo necesitaran en poco tiempo, dependiendo de la situación. Desde

que eran niños, Dante y él habían sido inseparables, convirtiéndose en mejores amigos el uno del otro.

Los recuerdos del pasado hicieron que el joven de cabello negro recordara aquella vez en la que logró que su amigo volviera a sonreír después de un duro golpe en su vida. Con ese recuerdo, una mueca de felicidad se dibujó en sus labios, algo que no había ocurrido en mucho tiempo.

Li siempre había sido el optimista de los dos, siempre intentando alegrar a quienes estaban a su alrededor y por quienes sentía un inmenso cariño. Era la luz en los momentos más oscuros. Su rostro redondo y sus facciones delicadas lo hacían atractivo para el sexo opuesto. Sin embargo y, a pesar de su belleza natural y su forma de actuar, lo que más llamaba la atención eran sus ojos marcados por la heterocromía. Su ojo derecho era de un color azul claro, con tonos verdosos, mientras el izquierdo era negro como la noche.

- Parece que le quieres más a él que a mí. Lo sabes, ¿no?

Trix se había adelantado un poco para poder disfrutar unos minutos con su novio, asegurándole a Dante que la chica nueva estaba bien y que por un rato que estuviera sola, no iba a ocurrirle nada. El joven por su parte cogió a Trix de la cintura con el brazo izquierdo, acercándola a su cuerpo para poder sentir así que todo volvía a ser como antes, al menos durante unos instantes; efecto que la sonrisa de ella siempre conseguía crear en él.

Recordaba los días en la playa, tomados de la mano, buscando las conchas más hermosas para adornar la vitrina de su habitación. Dante se aseguraba de seleccionar las mejores, convencido de que servirían como amuleto protector para Trix. No podía olvidar las veces que ella lo engañaba para acercarse al agua y terminaba empujándolo para que se empapara por completo; aunque él también era rápido y conseguía que ambos se mojasen al agarrarla a ella de un brazo.

Tantas veces que iban por el parque, donde la vida bullía en cada rincón. Quién iba a pensar cuando vieron por primera vez a todos aquellos cuervos reunidos bajo un árbol seco que la cosa iba a cambiar… Tan drásticamente. Todo su mundo se empezó a desmoronar en muy poco tiempo y nadie estaba preparado para ello. ¿Apocalipsis zombie? Ojalá. Al menos las películas malas servirían de algo de ayuda. Pero la realidad era aún peor. Demonios emergieron, ansiosos de arrebatar las almas de los considerados pecadores.

Cinco demonios, cinco objetivos diferentes. Seis, si contábamos al que Dante había conocido personalmente, el único que parecía atenerse a su tarea sin desviarse. Los demás eran bestias sanguinarias, sedientas de muerte y destrucción, sin importar si estaban o no capacitados para

aniquilarlos. No estaba disculpando con ello a aquél otro, pero sí reconoció en su momento y aún ahora que se alegraba de que no fuese como sus compañeros.

El resto del grupo, sin embargo, del grupo ignoraba la existencia de ese sexto ser, por lo que Dante optó por guardar silencio para no sembrar el pánico, aunque al mismo tiempo esperaba que no hubiese más. Sin embargo, le aterraba la idea de enfrentarse a ese monstruo, como un animal acorralado por su depredador sin escapatoria. Aunque aquel demonio parecía más "tranquilo", saber a qué pecado servía sería vital para evitar caer en su círculo de captación. Reconocía que ese ser le infundía más temor que los demás, y la incertidumbre sobre cómo actuar frente a él lo mantendría desvelado por las noches.

Seguía siendo un demonio y todo el mundo sabía ahora que esos seres, cualquiera de ellos, cualquiera que fuese su personalidad, eran verdaderamente temibles y crueles. Muchos habían visto lo que hacían cuando encontraban a alguien, pero pocos fueron capaces de sobrevivir a ello y menos aún quedaron lo suficientemente sanos y cuerdos como para contarlo. La suerte y el saber ocultarse habían adquirido un papel fundamental en aquella situación en la que se había convertido el mundo actual.

Sus pensamientos se alejaron de aquellos momentos tan felices de su vida pasada para volver a un momento más presente y recordar todo lo que había ocurrido hacía pocas horas.

Era de noche cuando se perdieron en el bosque. Las bestias salvajes no se atrevían a acecharlos debido al terror que les infundía la presencia inquietante que rezumaba de aquel hotel hace años dejado en el olvido.

El grupo estaba aterrado, pero sabían que debían entrar si querían rescatar a los pocos supervivientes que quedaban. Eran solo siete personas, lideradas por Dante y Li, los más jóvenes, pero también los más decididos. Ante la estructura abandonada, todos quedaron absortos; algunos con semblantes pálidos y llenos de terror, otros intentando contener esos sentimientos. Dante, en particular, debía mantener la calma para tranquilizar al grupo, aunque en su interior se retorcía el conocimiento de lo que les aguardaba dentro de aquel lugar maldito. Por otra parte, se sentía aliviado al saber que tenía a tanta gente a su lado; si bien es cierto que en ese momento no acertaba a saber si era porque podría apoyarse en ellos en la posible (y seguramente corta, pensó) batalla que se les presentase, o bien si podría usarlos como carnaza para así poder huir sano y salvo. Ese simple pensamiento, el hecho de verse a sí mismo abandonando a lo que ahora era su familia, le estremeció más que la maldad que surgía de la edificación antaño gloriosa.

Li estaba dispuesto a seguir a su amigo a donde fuera, pero la idea de adentrarse en el edificio no le agradaba en absoluto. El terror que emanaba de él silenciaba incluso los sonidos del bosque, dejando solo el palpitar de sus corazones acelerados, presagiando el inicio del momento crucial de la misión.

A pesar del miedo, sabían que debían seguir adelante. Cada paso era un desafío a su cordura, cada rincón oscuro parecía albergar horrores indescriptibles. Pero no podían retroceder, no podían dejar a aquellos que aún pudieran estar con vida en manos de la oscuridad que acechaba en el interior del hotel abandonado.

Capítulo 3

¿Por qué tienen que estar todos? Hacen ruido.

¿Por qué no podían quedarse en silencio como ese chucho, o marcharse lejos, igual que ese puto mentiroso?

Solo quería estar tranquilo en mi cama. Quiero dormir.

Les arrancaré los ojos si siguen hablando.

Capítulo 4

Adentrarse en aquel lugar macabro no había resultado ser un desafío, pues las enormes puertas permanecían siempre abiertas. Después de observar durante días y no detectar guardias en los alrededores, los habitantes de la comuna concluyeron que la vigilancia debía estar en el interior. Sin embargo, para asombro de los exploradores, no encontraron absolutamente nada.

¿Qué pensar de alguien que sabe que no tiene que preocuparse por intrusos?

La vieja Parada de Isa era el hotel era el hotel más famoso y lujoso de la región. Aunque gran parte de la estructura estaba en ruinas, aún conservaba su belleza de antaño: las diez plantas que se habían agregado a medida que el hotel ganaba renombre, junto con una gran terraza que se intuía desde abajo y que había sido testigo de numerosas reuniones de la alta sociedad.

Una vez dentro, la oscuridad se cernió sobre ellos, recordándoles que ninguna luz del exterior podría atravesar las gruesas paredes de piedra, especialmente con las ventanas selladas con tablones. El grupo, sin saber muy bien hacia dónde dirigirse, avanzaba sin detenerse, excepto para echar un vistazo a las esquinas y asegurarse de que no les esperaba ninguna sorpresa. Dado que el ascensor no era una opción viable para moverse sigilosamente, subieron las amplias escaleras que ocupaban gran parte del vestíbulo, hasta llegar al primer piso.

Allí se encontraron con un pasillo adornado con figuras de bebés con los ojos vendados. Al final del pasillo se divisaba un gran salón, decorado con estatuas de hombres y mujeres desnudos con rostros desconcertados, además de las escaleras que conducían al piso superior y varias puertas que daban a las habitaciones de la planta. Sin embargo, una vez más, no había nadie a la vista. O tal vez estaban ocultos en alguna de las alcobas.

Cuando Dante colocó un pie en el primer escalón, se detuvo como de costumbre para hacer un recuento y asegurarse de que todos estaban bien: Simon y Andrew intercambiaban miradas, probablemente preguntándose qué los había llevado a meterse en aquel lío, al igual que Dante. Los jóvenes gemelos solían asustarse con facilidad, por lo que todos se sorprendieron cuando se ofrecieron como voluntarios, sabiendo que se arriesgaban a morir.

Justo detrás de ellos, se podía escuchar la respiración nerviosa y entrecortada de Natasha, quien, como siempre, estaba alerta y observando todo a su alrededor, consciente de que sus jadeos delatarían

su posición incluso en medio de una fiesta.

Aunque era una especie de alarma humana, era la que mejor mantenía la calma, además de tener la suficiente fuerza como para cargar fácilmente con alguien si fuera necesario.

El médico del grupo se distinguía fácilmente del resto por su brillante pelo rojo y las gafas de pasta dura que adornaban su cara. Thomas solía ser una persona muy calmada, pero en aquella situación no podía evitar ir de un lado a otro, tal vez para evitar así que se enfriasen los músculos de sus piernas y poder salir corriendo en caso de necesidad. Seguramente, cuando se ofreció como voluntario, parecía un héroe, un gran médico que arriesgaba su vida para asegurar el regreso seguro de los demás. Sin embargo, en el momento de la verdad, no podía dejar de quejarse y pedirles a los demás que dieran la vuelta, momento en que Dante le dejó claro que podía volver solo, con el rabo entre las piernas, o seguir con ellos en completo silencio.

A su lado, Jonah estaba boquiabierto, como si estuviera contemplando un museo (de los horrores, en este caso) sin darse cuenta de lo que estaba sucediendo a su alrededor. No era el más atento de todos y se distraía con facilidad, pero tenía un gran corazón y siempre estaba dispuesto a ayudar.

Sin embargo, faltaba una cara familiar en el recuento, una sonrisa que siempre estaba presente para tranquilizar y alegrar a cualquiera que la viera. El corazón de Dante se aceleró y no logró calmarse por completo cuando vio a Li observando detenidamente una de las grotescas figuras que adornaban el salón, con el semblante más serio que había tenido nunca.

Notando la mirada fija en él, Li devolvió la mirada a su amigo de la infancia y con su típica sonrisa socarrona, le dijo en un susurro audible:

- En serio, mira a este tío. No sé quién tiene la mirada más perdida, si él o Jonah. Parece que estén en el limbo. – juguetona se formó en la garganta de Li, luchando para que no saliera mientras se acercaba brincando hacia donde estaban sus compañeros. –¿Seguimos adelante?

En el segundo piso, el grupo notó que la estructura era la misma que en el nivel inferior, salvo por las figuras que ahora servían de guardias en las paredes: cuerpos desnudos con rostros que sugerían un placer o dolor indistinguible a simple vista. Sin embargo, las estatuas estaban esculpidas en solitario, sin llegar a tocarse nunca entre ellas.

Como antes, Li se detuvo a mirarlas de cerca y, aprovechando la distracción de Dante, posó su mano en la pierna de una de las figuras

masculinas para sentir la suave textura del mármol.

El sonido seco del mármol al romperse llenó la sala, dejando a todos paralizados de terror. Con un sudor frío en la espalda, Dante se giró lentamente hacia la puerta más cercana, solo para encontrar a Li intentando reubicar cierta parte de la estatua, aparentemente sin éxito.

- ¿Tú estás tonto o que te pasa? – susurró con un tono airado que delataba su miedo.

- ¿Cómo iba a saber que se iba a partir? No es mi culpa que ahora también se reduzca el presupuesto en el arte comprando materiales baratos. – Miró preocupado el semblante enfurecido de Dante, que contrastaba con las atónitas caras del resto, a excepción de Jonah, que seguía mirando a las escaleras como si nada hubiera ocurrido.

Li contempló pensativamente la parte de la estatua que tenía en la mano y, de repente, se le iluminaron los ojos. Con una sonrisa burlona, se lo ofreció a Dante:

- ¿Crees que alguna de las chicas lo querrá como acompañante nocturno?

Dante, a regañadientes, se acercó a Li, quien seguía riéndose de su propia broma, comentando algo sobre lo "poco pringoso" que estaba la pieza que sujetaba. Sin remordimientos, Dante le dio una sonora bofetada para que dejara de hacer el tonto, como un gesto instructivo.

Mientras Dante regresaba a su posición, Li decidió dejar a su nuevo compañero detrás de la estatua y luego corrió hacia el resto del grupo, acariciándose la mejilla para aliviar el dolor.

Continuaron ascendiendo por los diferentes pisos de la torre, cada uno con su propia decoración que se volvía cada vez más macabra, mientras la temperatura parecía aumentar. La sorpresa llegó en la séptima planta, donde el suelo estaba cubierto de charcos que emanaban un líquido rojizo, tiñendo todo con un inquietante tono carmesí. Afortunadamente, habían oído hablar de algo similar, sabiendo que no debían tocar el líquido. Esto resultaba difícil debido a los pocos espacios seguros para caminar, así que se vieron obligados a sujetarse a las ramas de los árboles de plata que adornaban los pasillos para moverse con cuidado.

- Oye… ¿Os habéis fijado?

- ¿Hmm?

Dante giró la cabeza para ver qué señalaba Natasha, cuya expresión

reflejaba terror y asco mientras observaba las tallas arbóreas.

- Son caras… Caras humanas.

Dante examinó las esculturas con más detenimiento y se dio cuenta de que lo que antes parecía un simple mural de un jardín seco, mostraba retorcidos fragmentos de personas convertidas de alguna manera en árboles muertos. Sin embargo, sabía que debía mantener la calma para que todos estuvieran tranquilos, dictaminando con voz firme que no era más que una ilusión óptica, creada debido a la excitación y la presión negativa que aquel lugar generaba en ellos.

El grupo continuó avanzando por el pasillo a trompicones, apoyándose en la confianza que Dante les transmitía, pero sintiéndose inseguros sobre de su futuro.

Una vez llegaron al penúltimo piso, sintieron que el calor de los niveles inferiores daba paso a un frío tan penetrante que hasta parecía que estaba nevando en el interior. La estancia contrastaba notablemente en belleza con las anteriores: mármol blanco y enormes ventanales cubiertos de escarcha, que ocultaban la oscuridad de la noche; lámparas brillantes que imitaban la luz del sol, dándoles la sensación de haber alcanzado el cielo en ese lugar. Sus pasos crujían sobre un polvo blanco que se endurecía a su paso, recordándoles tiempos más tranquilos en los que disfrutaban de la nieve. Aunque el ambiente era gélido, transmitía una extraña paz, más acogedora. Al menos a simple vista.

Dante tropezó con algo duro en su última pisada y bajó la mirada hacia el suelo, únicamente para encontrarse con lo que parecía el cráneo de una persona que hacía ya tiempo había perdido todo rastro de carne. Al examinar la sala más detenidamente, pudo observar que las blancas paredes que los rodeaban poseían esa tonalidad tan tranquilizante por algo perturbador: Los huesos y esqueletos que tapizaban la sala al completo se ocultaban en los destellos de las lámparas. Lo que antes pensaban que era inocente nieve resultó ser polvo de huesos, triturado bajo sus pies.

Aquella estancia no era más que una tumba, un cementerio en el que poder reírse de los muertos incluso en sus últimos momentos.

Dante decidió guardar silencio, temiendo que sus palabras perturbaran la nueva tranquilidad que habían encontrado.

En el último piso, se toparon con un gran pasillo sin puertas hacia habitaciones anexas, solo una sala cuya luz brillaba al final del camino, su objetivo desde el principio. El salón central estaba decorado con tonos dorados y rojos que resaltaban la madera del suelo, con una luz que le confería un aire regio, propio de los antiguos castillos de los cuentos de

hadas. Sentados en el centro de la sala, encadenados en esa magnífica estancia, se encontraban todos sus compañeros, cuyos rostros y sollozos indicaban que compartían la misma sensación de pérdida que ellos.

Olvidando el sigilo que requería la situación, el grupo se precipitó hacia los cautivos con pasos rápidos, rompiendo el silencio que debían mantener. Los cautivos, alertados por el repentino ruido, cambiaron sus expresiones de desesperación a una felicidad pura, incapaces de contener las lágrimas que habían reprimido durante tanto tiempo.

- ¡Gracias al cielo! – Intentó susurrar uno de los cautivos - ¡Estábamos seguros de que nuestro final estaba cerca!

- ¿Cómo se os ocurre venir? ¿Estáis locos o qué?

El hombre de mayor edad y pelo cano encadenado les reprochó con su habitual gesto adusto que no abandonaba ni siquiera al expresar gratitud.

- De nada Abdón, ya sabes que el cariño que desprendes con cada palabra es más que suficiente para motivarnos - respondió Li con falsa inocencia, acompañada de una sonrisa forzada.

- ¡Cállate, niñato! ¡No sé cómo habéis llegado aquí sin ser descubiertos estando tú de por medio!

Girando su cabeza hacia Dante y dándole aquella mirada que de aburrimiento que solía poner, el moreno no pudo más que suspirar mientras le decía:

- Igualito que mi abuelo. Un amor de persona.

A pesar de las reprimendas de Abdón, todos estaban felices de reunirse. Incluso aquellos cautivos que no formaban parte del grupo original se alegraban de su llegada, viendo una oportunidad para salvarse de su inminente destino en aquel lugar.

Sin embargo, la alegría se desvaneció rápidamente cuando escucharon voces provenientes de detrás de una puerta de servicio en la zona más alejada de la pared circular. Una de las mujeres prisioneras instó al grupo a esconderse rápidamente.

Con poco tiempo para reaccionar, el grupo se escurrió en silencio tras los pesados muebles del salón, cubiertos con mantas o destrozados como si un animal salvaje hubiera arremetido contra ellos. Dante tuvo la oportunidad de vislumbrar a los inoportunos visitantes a través del reflejo del cristal de una estantería, tras la que se ocultaban Jonah, Natasha y Thomas, aunque necesitaba poner la cabeza en un ángulo bastante precario y ligeramente delatador para lograr ver algo. Pero en aquellos

tiempos la información era vital.

El miedo volvió a apoderarse de los cautivos al reconocer las voces cada vez más nítidas de sus carceleros.

- …de verdad, le consiente demasiado, no sé por qué a nosotros nos llama con tanta prisa y al bichejo ese le deja vaguear. No es justo.

- ¿Y por qué no vas a su planta y se lo dices tú?

Silencio repentino mientras la puerta se abría.

- Reconoce de una vez que te da miedo – dijo con una sonrisa burlona un chico joven de bucles dorados, bastante alto y que miraba con superioridad a su acompañante. A su lado se posicionó enfurecida una joven tan bella que las arrugas que la ira formaba en su rostro únicamente lograban hacerla más hermosa. De largo pelo rojo como un fuego carmesí y figura delgada, se podía notar no obstante que sus músculos estaban lo suficientemente tonificados como para representar un peligro si se luchaba contra ella. Era como ver una rosa de espinas venenosas: hermosa y letal.

- Yo. No. Le tengo. Miedo – le susurró entrecortadamente a su acompañante intentando en la medida de lo posible que nadie de los que se encontraban allí la oyesen. Sin embargo, Dante logró distinguir un resquicio de terror en su voz.

No debió ser el único, pues el chico rubio sonrió incrédulo ante tal información y se alejó soltando una risilla para sentarse junto al resto de sus acompañantes que ya se habían acomodado, mientras ellos discutían, en los sillones que había en el centro del salón.

Dante pudo contar a cinco personas en total:

El primero de ellos y al que ya había visto antes, pues todo el mundo sabía quién era ya a estas alturas, Kan, el demonio guardián de la ira y la pereza. Un hombre joven que, aunque de aspecto dejado, resultaba verdaderamente aterrador dada su musculatura; de pelo corto y castaño claro, con la mitad inferior de la cara ocupada por pelo, ya que por lo poco cuidado que estaba a aquello no se le podía llamar barba. Como siempre, seguía emitiendo un aura de muerte a su alrededor y a cualquier cosa que le decían soltaba un gruñido con el que parecía que saltaría a la mínima a la yugular de cualquiera que osase hablarle; aunque Dante dudaba mucho que se la jugara del mismo modo con sus compañeros. Sus ojos sin embargo resaltaban del resto de su aspecto y de su espeluznante rostro. No por el color, de un azul oscuro, sino porque daban la impresión de que en cualquier momento se iba a quedar dormido; a lo que sus marcadas

ojeras daban la razón.

De hecho, en la comuna habían elaborado la teoría de que sufría narcolepsia, ya que varios eran los que habían logrado verle y salir con vida para contarlo, Dante y Li entre ellos; debido a que cuando se lo habían encontrado se quedó plácidamente dormido a pesar de caer con un sonoro golpe en el suelo mientras iba a por ellos. Y es que cuando dormía cambiaba completamente, pues daba la impresión de tener delante a un oso de peluche grande al que poder abrazar sin miedo a nada. Pero varios insensatos descubrieron pronto que el oso puede ser un animal realmente agresivo si se le despierta, y sus garras no tienen cuidado al atravesar y arrancar cualquier cosa que encuentren a su paso. Los amigos tuvieron la suerte de que, al encontrárselo, aunque llevaba ropa andrajosa y realmente sucia, vieron que estaba cubierto de sangre; lo que puso en guardia a Dante y a Li, que decidieron esperar escondidos hasta que despertase para ver qué pasaba con él.

Efectivamente, poco después de despertar de mala gana por el sonido de la llamada entrante a su móvil, se marchó del lugar quejándose a un tal Caifás mientras hacían recuento de las personas que había captado. Al otro se le podía oír también, aunque no muy bien, ya que necesitaba gritar para que Kan le escuchase por encima de sus propios rugidos; momento en el cual los chicos averiguaron el nombre de éste.

El siguiente de los allí reunidos era un chico en la primera mitad de la veintena del que Dante ya había oído hablar. Pluto, el demonio avaricioso y envidioso que todo deseaba para sí mismo. De cabello rubio platino y tan largo que necesitaba sujetarlo en una coleta, se daba a conocer por ser uno de los guardianes que disfrutaba más de la tortura mental que de la física a sus víctimas; si bien es cierto que no dudaba en destripar a quienes tenían algo a lo que le hubiera puesto el ojo encima. Sus ojos de una tonalidad casi dorada se paseaban de un lugar a otro de la estancia, seguramente observando si había algo de su gusto para llevarse, deteniéndose de vez en cuando a observar a sus presas. Aún sentado podía verse con claridad que era un chico realmente alto y, aunque no tanto como Kan, seguía notándose su musculatura bajo la ropa, claramente más discreta que la de su compañero. Su ropa era obviamente hecha a medida y con los mejores materiales del mercado, capricho que antaño muy poca gente verdaderamente pudiente se podía permitir. Aunque era por la noche, al ser verano llevaba puesta una capa de telas finas y vaporosas doradas de bordados plateados que junto a su actitud altiva daban la impresión de que se trataba de un antiguo emperador de un mundo lejano. Sus pantalones oscuros conjuntaban armoniosamente con la camisa blanca con el botón superior desabrochado que se lograba entrever bajo la capa.

Consiguieron averiguar su nombre gracias a que las víctimas que "afortunadamente" habían logrado salir vivas de sus ataques nunca se

permitirían el lujo de olvidarlo.

A su lado y de espaldas a Dante se había sentado otro chico al cual no pudo ver la cara al entrar, pero al que sería verdaderamente sencillo reconocer si se lo encontraban de nuevo: Ocupando casi la totalidad del único sofá de la estancia, se encontraba un hombre de una obesidad tal que serviría como único atributo físico para identificarle a simple vista. Poco más pudo ver Dante desde donde estaba, aparte de su cabello tan graso que dificultaba enormemente el darle un color en concreto y las manchas de comida que había sobre la zona de sus hombros. Dante se preguntó cómo debía estar el resto de su ropa por delante para que la mierda hubiese llegado hasta ahí.

Aunque no podía decirlo con seguridad, era bastante probable por los sonidos que hacía que estaba dedicándose a comer algo con bastante ansia y, por la mueca de asco de la única chica del grupo que estaba sentada justo delante de él, no era una imagen de ensueño precisamente. No es que le hubiesen llegado a dar una descripción en algún momento, pero estaba bastante claro que aquél era el demonio de la gula; pues desde luego si era orgulloso no lo demostrada muy bien con la suciedad de su ropa y en cuanto a la lujuria… A Dante le recorrieron escalofríos al imaginárselo encima suyo masticando.

La chica por su parte, parecía contenerse para no vomitar del asco o para no soltarle una bofetada a su compañero, Dante no estaba seguro. Su cabello rojo le caía grácilmente por el hombro derecho y sus ojos verdes resplandecían con la luz de la luna que entraba por la ventana. Aun llenos de odio, había que reconocer que eran realmente embaucadores. Sus labios carnosos moviéndose tan suavemente arriba y abajo cada vez que hablaba con alguno de los otros idiotas que tenía a su alrededor invitaban a Dante a querer acercarse a ella, coger esa hermosa cara redonda de aspecto tan inocente, y mientras ella se sorprendía, besarla apasionadamente. Luego la tiraría al suelo y empezaría a rasgarle el vestido tan escotado y provocativo que llevaba, nada propio para una chica de su clase.

“Por favor, con cuidado, es mi primera vez”, diría ella con las mejillas sonrojadas suavemente mientras Dante se desabrochaba el pantalón con furia y sin poder contenerse ni un ápice. Pero no iría despacio. No. Deseaba oírla gemir, deseaba…

Unas manos lo tiraron al suelo hasta que se quedó sentado. A su lado, Li lo sujetaba con preocupación en el rostro. Miró hacia el otro lado y vio que el resto de sus compañeros también se habían asustado. Fue entonces cuando Dante se dio cuenta de que se había imaginado todo aquello y que, en algún momento, debió empezar a levantarse para llevar a cabo su

fantasía.

Desde ese momento y comprendiendo lo que había pasado, evitó volver a mirarla a los ojos. Le quedó claro que el demonio de la lujuria iba a ser un auténtico problema.

El último de los presentes era un hombre joven, que sonreía sin preocupaciones mientras miraba a sus compañeros altivamente, lo que le hacía parecer el líder de los allí presentes. Su pelo rubio y bien cuidado, al igual que su vestimenta le suponía miradas envidiosas de su amigo de pelo color platino, lo que hacía que al otro se le hinchase más el pecho a cada momento.

Orgullo. Tenía que ser orgullo. Tenía que ser el tal Caifás. Su forma relajada de sentarse aun pudiendo haber alguna brecha en su plan demostraban que estaba bastante seguro de sus habilidades, creyéndose del mismo modo que nada de lo que él hubiese urdido podría salir mal.

Estaban hablando de una forma más o menos calmada sobre todo lo que habían hecho durante el día, como si se tratase de una reunión de antiguos compañeros. Todos menos el demonio de la gula, que, aunque no se incluía en la conversación, al masticar hacía más ruido que el resto de sus aliados. Dante procuraba poner la máxima atención posible a lo que decían aquellos seres que parecían tan humanos, para ver si se les escapaba algún tipo de información relevante al creerse solos con sus prisioneros; cuando un sonoro eructo salió de las profundidades de la mole que ocupaba el sofá. Con verdadero asco, las miradas de la chica y de Pluto, se dirigieron hacia él; mientras que el chico orgulloso se quedó con el semblante serio, como si le hubiese ofendido lo que acababa de pasar.

Por su parte, el goloso pareció no darse por enterado y siguió degustando su manjar; siendo poco después cuando un olor nauseabundo atacó ferozmente el olfato de Dante y, a juzgar por la expresión y los persistentes intentos por no vomitar de Li y del resto de sus amigos, no había sido a él solamente.

- ¡FATMUS, PUTO CERDO DE MIERDA!

- ¡¿QUÉ ME HAS LLAMADO, MALDITA ZORRA?! –dijo el glotón con un grito que semejaba más el berrido de una bestia salvaje mientras come.

- ¡Lo que eres, un puto cerdo que parece que va vomitando por todas las esquinas que encuentra mientras se come las paredes!

En ese momento Dante pudo escuchar a su lado un golpe de aire al que parecían reprimir con todo el ahínco del mundo. Li, con ambas manos en la boca para enmudecerlo, se había empezado a reir con aquella frase sin

poder ponerle remedio alguno más que intentar camuflarlo en los gritos de los otros dos.

- ¡NO HABLO DE ESO!

- Eso me parecía a mí… - Sentenció Pluto girando el rostro hacia el lado contrario de donde se encontraba su compañero mientras se llevaba la mano al rostro para cubrirlo con un pañuelo de tela.

- ¡A VER SI TE ENTERAS DE UNA PUTA VEZ DE QUE MI NOMBRE ES GIACCO! ¡¿CUÁNTAS VECES MÁS VOY A TENER QUE REPETÍRTELO?!

- ¡Por mí como si te llamas Lucio II el Divino, eres un puto cerdo y mientras te comportes así, voy a seguir tratándote como tal!

- Aquí no se puede dormir…

Esa fue la frase que llevó el silencio a la tormenta, no habiendo lugar a la calma por la clara tensión que se respiraba en el ambiente. Una repentina palidez se extendió por el rostro de Lujuria mientras evitaba mirar en la medida de lo posible a Kan, que había abandonado su postura recostada sobre el sillón para doblarse sobre sí mismo con el rostro ensombrecido mientras los nudillos le crujían una y otra vez debido a la fuerza con la que apretaba sus puños. Dante no tenía muy claro cuál era la razón por la que no había matado ya a esos dos.

Por su parte, la gran mayoría de los secuestrados habían bajado las miradas al suelo mientras gemían incontrolablemente por el terror que sentían; a sabiendas de lo que les podría llegar a ocurrir a ellos por lo que habían visto hacer a aquél monstruo anteriormente.

Aquella pesada sensación y la creciente preocupación de Dante por la seguridad de quienes habían venido a rescatar se disolvió repentinamente con una risa tranquila que llenó la sala. Orgullo parecía estar disfrutando con aquella situación como si estuviera cómodamente viendo una comedia en el salón de su casa, con la cabeza hacia atrás, la boca bien abierta en una amplia sonrisa y los brazos reposando relajadamente sobre las zonas laterales del sillón. Una vez terminó, se quedó mirando fijamente a Kan con esa sonrisa ladeada de superioridad y le dijo:

- Venga, venga. Relájate. No queremos que el ganado se ponga nervioso y sea necesario sacrificarlo antes de tiempo. O tal vez… Sería mejor matar al perro rabioso que los puso así… ¿tú que dices?

Kan únicamente cruzó los brazos sobre su pecho tras aquellas palabras y, aunque por cómo estaba y desde el ángulo en que lo observaba Dante no puso distinguir la expresión de su rostro, estaba claro que se había empezado a comportar como un niño que sabía que había hecho algo

malo y esperaba que su padre no fuera a castigarle con el cinturón.

Los demás continuaron en silencio, temerosos de ser el siguiente objetivo del presunto Caifás, el cual no le había quitado los ojos de encima a Kan en ningún momento. Unos segundos después, alzó una ceja y, provocando un momentáneo temblor en el cuerpo de su amigo al hablar de nuevo, le dijo:

- Bueno… Supongo que es demasiado… cruel, por mi parte, el culparte solamente a ti, Iskander; cuando estos dos han sido los que han empezado el follón – dijo sin mirar a Giacco y a Lujuria siquiera, únicamente señalándolos con la mano-, así que seré benevolente. Entiendo tus necesidades vitales y que necesites dormir. Y esta vez es verdad que has sabido controlarte muy bien, así que supongo que te has ganado un premio por ello. Tal vez… ¡Ya sé! ¿Qué te parece si te regalo a uno de los rehenes para que pagues toda la ira que embarga ahora mismo tu cuerpo con él?

Kan no pudo evitar alzar la cabeza, claramente sorprendido ante aquellas palabras y, una vez vio en los ojos de Orgullo que hablaba completamente en serio, una sonrisa infantil propia de alguien a quien le dan un premio sin esperarlo en absoluto cruzó su rostro.

- ¿Lo dices… de verdad?

Orgullo resopló, haciéndose el ofendido ante aquella pregunta:

- ¡Por supuesto! Ya sabes que soy uno de los que más te quiere, ¿o no? ¡Yo jamás te mentiría! Escoge al que quieras y no te preocupes. Él no se va a enfadar conmigo. Y menos con la cantidad de captados que llevo. Solo… procura no ensuciar mucho. Este sitio está bastante bien todavía.

Sin esperar más, Kan se levantó de un brinco de su sitio, deseoso por aceptar la oferta como un niño que va a abrir sus regalos de navidad. No se lo pensó dos veces y agarró a la primera víctima que encontró, la cual resultó ser una chica de pelo largo y negro, aunque aparentemente lo había llevado teñido en algún momento. La separó del resto del grupo arrastrándola hacia una zona despejada de la sala mientras la pobre no dejaba de gritar y sollozar sabiendo el horror que le esperaba; parando en seco tras unos pasos y, agarrándola del cuello; la levantó sin ninguna dificultad del suelo. Mientras que aun con las manos encadenadas la chica intentaba zafarse del fuerte agarre arañando la zarpa de su futuro verdugo, por otra parte, intentaba absorber todo el aire que le fuese posible y evitar así morir ahogada. Aunque visto el caso, Dante no sabía que destino era el mejor…

Los arañazos cada vez más furiosos dada la clara falta de oxígeno que iba creciendo a cada segundo empezaron a dirigirse indistintamente ya tanto

a las manos de su atacante como al propio cuello de la chica y, en algún momento, algo brillante y rojo se resbaló entre todas aquellas manos para acabar con un golpe seco en el suelo. Dada la incapacidad para mirar del resto de víctimas por la crueldad de lo que estaba ocurriendo; solo un par de demonios dirigieron sus miradas curiosas hacia aquel objeto.

Los ojos de Orgullo se abrieron como platos solo un instante y, aparentemente calmado como siempre, le dijo con sorna a Kan:

- Te pediría por favor que esa me la dejases a mí, querido amigo. Verás, no es que sienta lástima por ella ni nada por el estilo, pero me gustaría encargarme personalmente de ella. Parece realmente… Sabrosa… - dijo con una sonrisa torcida de las más macabras que Dante había visto jamás.

Con duda y pena en sus ojos, Kan soltó a la chica que cayó al suelo como una piedra, tosiendo mientras intentaba recuperar desesperadamente todo el aire que le fuese posible. Tuvo que hacer verdaderos esfuerzos cuando de nuevo la llevaron a rastras junto al resto de rehenes, quedándose tirada en el suelo sin poder incorporarse.

- Será mejor que me digas entonces a quien puedo coger, ¿no?

- ¡Al que quieras! No tienes ni que preguntarme.

La mano de Kan fue directa hacia la víctima que tenía más próxima, pero antes de poder cerrar su agarre, se escuchó de nuevo la voz de su compañero:

- Mmmmh… Lo cierto es que preferiría que a ese tampoco lo escogieras, tiene buena pinta también – Kan fue hacia otro-. No, esa tampoco, con esos ojos la verdad es que da pena… ¿A ese? ¡Pero mira que carita, si parece un cachorrillo!

Las garras de Kan se empezaban a pasear impacientes por encima de todas las cabezas que estaban a su alcance, parándose en seco solamente ante las negativas del rubio. Las risas retenidas en las gargantas del resto de sus compañeros no hacían más que aumentar su furia a cada momento que pasaba, y la más que obvia intención de Orgullo de ridiculizarle ante todos los presentes provocó que finalmente explotara.

- ¡Se acabó!

Y sin prestar atención a lo que le decía su compañero, cogió a la primera persona que pudo sin pensárselo dos veces. Dante no logró ver quién era claramente por todo el tumulto que había ahí formado, pero aun así no

tardó mucho en saber de quién se trataba.

- ¡Suéltame criajo asqueroso!

Dante y Li se miraron con el miedo presente en sus ojos. Cierto era que Abdón no era el más amable de la comunidad, pero todos le querían por su honor y su sinceridad.

- No estoy para más payasadas…

Y mientras Li intentaba incorporarse para impedir lo que estaba a punto de pasar con Dante procurando retenerlo en la medida de lo posible en el suelo, se escuchó un único golpe seco seguido de algo que parecía un estallido de líquido desparramándose por toda la estancia; lo que provocó que la pared que tenían los compañeros más próxima a ellos se tiñese por completo de rojo, al igual que los muebles de la zona; mientras que los gritos ahogados se esparcieron por toda la sala.

- Maldito viejo… - dijo Kan en un susurro. Unos segundos después se escuchó un golpe de cristales partiéndose y algo moviéndose por el suelo lo que, para terror de Dante, era lo que quedaba de la cabeza de su hasta hacía poco vivo y viejo amigo.

Los ojos de Li se quedaron grandes como platos, a lo que Dante reaccionó rápido, sabiendo lo que podría venir después, guiando la cabeza de su amigo hacia su pecho para que no viese más aquella escena grotesca hasta que estuviera más tranquilo; mientras él mismo se llevaba su mano libre a la boca para evitar gritar o vomitar por todo lo que había ocurrido en cuestión de segundos.

Girando de nuevo su rostro para ver al responsable, se dio cuenta rápidamente de que los cristales rotos que se habían oído eran los de la estantería que usaba a modo de espejo. Deberían ir a ciegas a partir de ahora.

Risas estruendosas salieron una vez más de la garganta de Orgullo, siendo el único de aquellos monstruos que disfrutaba el momento por completo:

- No tiene gracia… Ese mueble podría habérmelo llevado a mis dominios. Era buena madera y ahora está roto y completamente lleno de sesos y tripas…

- Bueno, – dijo el líder intentando dejar de reír– siempre puedes limpiarlo a fondo, ¿no crees?

- Yo te podría echar una mano si a cambio me dejas comerme los restos. – Pudo entender Dante a través de gruñidos y sonidos de dientes

masticando.

- Serás cerdo… – susurró la chica.

Alguien cayó pesadamente en uno de los sillones, seguramente Kan, el cual decidió preguntar:

- ¿Cuánto más piensa tardar?

Nada más terminar esa frase, Dante pegó un brinco en el sitio en el que estaba, ya que la puerta por la que habían entrado a aquella sala y que estaba justo al otro lado del mueble tras el que se ocultaban se abrió rápidamente, teniendo la suerte de que justo lo hiciese hacia donde estaban ellos, impidiendo al nuevo invitado verlos. Quienquiera que fuese el que acababa de entrar, dio dos pasos hacia el interior de la estancia, de forma calmada, para quedarse quieto unos segundos.

- La próxima vez… avisadme con tiempo antes de hacer reformas en las salas. No tengo por qué encontrarme con esto cada vez que vengo. Vayamos a arriba.

Dante no pudo verlo, pero por la voz estaba seguro de que se trataba de un hombre de mediana edad; de voz fría e imponente. Sin embargo, lo que más le preocupó fue que sin rechistar todos los demonios que allí estaban se levantaron de sus asientos y siguieron al que acababa de hablar. Estaba claro que era el verdadero líder.

- ¿No le vas a decir a nuestro querido padre esos pensamientos tan negativos que tenías antes de entrar, hermanita? – dijo Orgullo, añadiendo especialmente sorna a la última palabra.

- Oh, ¿algo importante? Acaso… ¿alguna queja que me quieras transmitir, querida?

- … N-no, ninguna…, Maestro.

- Eso me parecía.

Finalmente, se escuchó la puerta por la que habían entrado todos aquellos monstruos cerrarse tras ellos, lo que silenció sus pisadas de forma repentina.

Capítulo 5

Sangre. La huelo. Está por todas partes, me rodea. Todavía siento su cálido abrazo. No quiero abrir los ojos, así no pasará nada. Solo debo descansar y esperar a que llegue la hora.

Un ruido húmedo ensordece mis oídos. ¿Por qué tiene que ser tan estridente, tan fuerte? Hace que la sangre se mueva a mi alrededor, suavemente. Tan familiar. Abro los ojos… No debería haber ningún ruido.

Capítulo 6

- Li, vamos, tienes que echarnos una mano con las cadenas o no podremos salir a tiempo. - Sin decir nada y con los ojos aún clavados en los macabros restos del suelo, Li se vio obligado a levantarse cuando unos brazos conocidos tiraron de él hacia arriba. - Li, – dijo Dante guiando su rostro para que le mirase a él – sé que es duro, pero no podemos hacer nada ahora. Y estoy seguro de que se pondría a gritar si supiese que has muerto porque te quedaste mirando su cuerpo como un pasmarote.

Li esbozó una débil sonrisa. Su amigo siempre sabía animarle, aunque desde fuera pareciesen palabras duras o que no eran oportunas. Como si despertase de un sueño, Li se dirigió hacia Simon y Thomas para ayudar a sus cautivos amigos, mientras Dante, Andrew y Jonah ayudaban a los extraños que habían sufrido el mismo destino.

Natasha por su parte se había posicionado más cerca de la puerta por la que momentos antes habían salido aquellos monstruos, para dar la alarma en cuanto oyese algo. Ninguno de los amigos estaba seguro de cómo conseguía diferenciar ruido alguno entre sus angustiantes respiraciones; pero mientras pudiese hacerlo, eso era lo que contaba para ellos.

Una vez hubieron soltado a todos los rehenes, estos se dedicaron a dar los oportunos abrazos a quienes les habían salvado y a los que habían esperado a la muerte como ellos. Todos excepto la joven de cabello negro, que estaba arrodillada en el suelo aparentemente buscando algo con preocupación. Dante recordó el fugaz brillo bermellón que había visto caer en su forcejeo con Iskander y decidió que lo mejor sería ayudarle a encontrarlo.

- ¿Qué era?

La joven, centrada completamente en su búsqueda no se dio cuenta de la presencia de Dante, por lo que pegó un brinco al escucharlo tan cerca, soltando también el correspondiente grito ahogado.

- Era…- dijo sin ser capaz de sostenerle la mirada a Dante a la vez que se aclaraba la garganta- Una luz… Quiero decir, un collar con una cruz. Roja. El lazo también es cojo.

- Sí, - afirmó extrañado al comprobar la peculiar forma de hablar de la joven que estaba ante él- vi el reflejo rojo cuando se te cayó al suelo. Aunque ahora va a ser complicado encontrarlo teniendo en cuenta el color de la alfombra y toda esta sangre de por medio. – Por el rabillo del ojo vio cómo la chica se tensaba y empezaba a temblar ligeramente, tras lo que se dio cuenta de la frialdad de sus palabras. - Oh, lo siento, no quería

sonar así. Menos aun después de lo que te ha pasado…

- No, no te preocupes, - dijo esbozando una débil sonrisa- soy bastante cobarde y me pone muy nerviosa la sangre, hasta el punto de asustarme solo por oír hablar de ella. Siempre he sido así… Creo…

- ¿Crees?

- ¡Eh, Dante! – gritó Li cuando la joven iba a responder, lo suficientemente alto como para que solo los que estaban en la sala le oyesen. - Ya están todos libres, será mejor que nos vayamos antes de que vuelvan.

El joven parecía haberse desubicado al principio, pero después reaccionó y accedió a la petición de su amigo con un suave movimiento de cabeza. La joven por su parte soltaba gemidos de prisa y preocupación, mientras se afanaba en encontrar milagrosamente su collar perdido. La mano de Dante la agarró del hombro para levantarla del suelo de forma delicada.

- Lo siento, pero no hay tiempo para esto.

- Pero… - susurraba con lágrimas en los ojos – Es lo único que me queda…

La pena se apoderó del rostro de Dante, que sin embargo en tono autoritario dijo:

- Con nosotros volverás a tenerlo todo.

Bajó su mano hasta la muñeca de la chica y la llevó de forma ligeramente forzada hacia donde estaban los demás. Una vez allí, Thomas se la quedó mirando sorprendido y con cierto temor.

- ¿Qué pasa? – le cuestionó Simon.

- ¿Cómo que qué pasa? ¿Estáis ciegos o qué? ¿No veis todas las heridas de su cuello y su cabeza? ¡Está sangrando y no ha sido lo suficientemente lista como para dejar de hacer el tonto y quedarse con el resto para que le echase un vistazo!

Los chicos entonces se dieron cuenta de las heridas que la joven tenía y, aunque no eran graves, sí lo suficientemente profundas como para sangrar.

- Bueno, no tiene mayor importancia, ¿no? Véndaselo y ya está. –Dijo Li inocentemente.

- ¡No pienso ponerme con ella ahora, le vendaré las heridas cuando estemos seguros!

Li se quedó unos segundos en blanco, sin poder reaccionar ante lo que acababa de oír, hasta que finalmente explotó:

- ¿¡Pero qué cojones te pasa!?¿Qué clase de médico eres tú, que pasas de ayudar a alguien cuando lo necesita, engreído de mierda?

- Pues un médico como tu bien has dicho. Los de mi profesión escasean últimamente, por si no te habías dado cuenta, m… maldito retrasado. – Li torció la expresión de su cara mientras que los ojos de Dante ojos pasaron a mostrar una agresividad impropia de él, viéndose obligados los demás a debatirse entre sujetar a uno u otro. - Comprende entonces que prefiera sobrevivir y ayudar a más gente antes que morir aquí. - Sentenció Thomas dando unos pasos hacia atrás por la actitud de Li, sin percatarse de la agresividad que detrás suyo Dante desprendía.

Intentando calmarse y viendo que la chica empezaba a estar mal, preguntó con toda la calma que pudo:

- A ver, ¿le pasará algo grave si no le pones las vendas ahora? – Thomas negó con la cabeza. - ¿A ti te importa que no lo haga? – le preguntó a la joven. Tras oír el débil no salir de la garganta de la cabizbaja chica, dijo- Entonces, volvamos ya a casa.

Poco a poco se fueron marchando de la estancia, hacia las escaleras que conducían hacia la salida, habiéndose adelantado Thomas como medida de precaución para evitar lo que Li pudiese querer hacerle después de verle tensar sus puños hasta dejar los nudillos blancos. Dante prefirió quedarse a su lado e intentar apaciguar su enfado lo antes posible, antes de que acabasen montando alboroto y aquellos monstruos los oyesen. Reconocía aun así que no era normal en Li enfadarse de ese modo y menos por un insulto (de hecho, solía ser él quien se enfadaba cuando criticaban a su amigo); pero supuso que el aire enrarecido y el ambiente general del lugar empujaban sus instintos primarios a ello.

Li se fue calmando hasta que empezaron a tener una conversación distendida, sin que la joven que forzosamente se había unido al dúo interviniese mucho.

- Toma. – La joven se paró en seco y se quedó mirando con sorpresa el pañuelo que Li sostenía ante su rostro. - Venga, cógelo. Te está sangrando cosa mala. El zoquete ese dice que no morirás, pero tampoco es para que vayas dejando tu ropa como si trabajases en una carnicería. Eso sin contar el hecho de que cuanto menor sea el rastro que dejemos, mejor para nosotros. - Dijo con su típica sonrisa jovial. Dante se dio cuenta entonces del problema que podrían haber tenido si Li no se

hubiese dado cuenta de la sangre. Aquellos demonios podrían haber descubierto incluso donde estaba su asentamiento…

Tras el "gracias" susurrado por la joven y al tiempo que intentaba limpiarse las heridas, los dos amigos siguieron la conversación por donde la habían dejado, mientras abandonaban el níveo penúltimo piso del torreón; sin que nadie se hubiese percatado de su oscuro secreto para tranquilidad de Dante.

Pasaron por la octava planta más rápido de lo que pensaban, teniendo en cuenta las trampas que ahí había; para acabar deteniéndose el grupo por completo y de forma repentina al llegar a la séptima. Dante avisó a todos para que estuvieran atentos a dónde pisaban, pues lo mejor era rodear los bordes de los charcos que habitaban aquel lugar y evitar así dejar posibles rastros.

Poco a poco y en una fila marcada, salvadores y rehenes fueron avanzando entre las interminables habitaciones y el largo pasillo, viéndose obligados muchas veces a sujetarse en los grotescos adornos para evitar caerse. La joven que acompañaba a los dos amigos, por su parte, se había puesto completamente pálida, obligando a Dante y a Li a retrasarse con respecto al resto del grupo.

- Mira, será mejor que sigáis vosotros. – Sentenció el primero. - Tiene pánico a la sangre y aquí no escasea precisamente. No os preocupéis, ya os alcanzaremos.

Con un golpe seco de cabeza, Natasha asintió y el grupo empezó a alejarse en la distancia, haciendo más difícil cada vez distinguir a los integrantes. Dante se giró para ver al par de personas con las que se había quedado, sólo para ver a Li confortando a la joven y asegurándole de que no iba a pasar nada, tras lo cual ésta decidió arrojarse en plancha hacia él para enterrar su rostro en su pecho.

- Va-vale, venga, que no pasa nada, de verdad. Mira, - dijo alzándole el rostro, mientras procuraba que desapareciese el rubor de sus mejillas por el repentino contacto- no tienes que ver nada si no quieres. Solo cierra los ojos y yo te voy guiando, ¿qué te parece?

Con ojos llorosos y angustiados, la joven giró su vista hacia Dante en busca de un signo de aprobación que le dijese que la idea de Li no era tan mala como sonaba.

- Sí, podría funcionar… Pero tal y como está el suelo aquí, si cierra los ojos por completo acabará tropezando. Lo que podemos hacer es que vaya Li delante y yo detrás de ti. Así puedes entrecerrar los ojos y te centras única y exclusivamente en mirar sus pies y así sabes por dónde ir sin

tener que ver nada más. ¿Te parece?

Tras un sonido de consentimiento que todavía albergaba duda, la chica se puso el pañuelo que Li le había dado en el cuello a pesar de que eso le impedía limpiarse la sangre de la cabeza; aunque le permitía llevarse las manos a los lados de la cara y evitar así ver lo que la rodeaba en la medida de lo posible. Li por su parte se posicionó delante y comenzó la marcha, seguido de la chica, y con Dante a la cola. Todo transcurría con la normalidad esperada, con los quejidos angustiosos de la chica cada vez que pasaban por una zona estrecha o se quedaba rezagada y tenía que alzar la vista para saber dónde se encontraba Li en ese momento.

En un punto concreto, decidieron parar a explicarle que era necesario que apartase una de sus manos para agarrase a los ornamentos de las paredes y así pasar con total seguridad, a lo que después de varias negaciones y quejas decidió aceptar la propuesta. No era una zona muy larga, pero se hacía eterna por la lentitud de la muchacha, hasta tal punto que Li sin darse cuenta ya casi había acabado, mientras Dante y ella no habían llegado ni a la mitad.

- Oye… ¿De verdad no puedes ir un poco más rápido? – preguntó Dante con rendida desesperación en su voz.

- Lo siento… Es que lincha y tengo que acabar probando varias veces para no hacerme daño…

- ¿Lincha? ¿Quieres decir pincha? Aun así… ¿Por qué no miras qué es lo que sujetas y solucionado?

Como si se le encendiese una bombilla, aunque reticente, tras dar el último paso la joven alzó la vista, fijándose en las ramas plateadas que debía sujetar para poder pasar. Siguió avanzando admirando la belleza de la talla, hasta que llegó a un punto donde uno de los nudos de los árboles se le antojaba parecido a…

- No grites, no lo digas. No pienses en ello y sigue. - le susurró Dante lo más calmadamente posible tras cubrir a gran velocidad la boca de la joven con su mano para ahogar el grito de ésta, aunque no pudo evitar la severidad en su tono.

- Son seres livianos… ¿Cómo se supone que no voy a pensar en ello si…? - dijo girándose hacia Dante de forma tan repentina que acabó perdiendo el equilibrio, precipitándose a la poza de sangre que estaba a su lado.

- ¡Cuidado! - susurró Li lo más fuerte que pudo desde la otra punta.

La sangre se acercaba a ella, sin que hubiese nada que lo remediase. Un segundo y caería de lleno. Ya casi. Podía olerla. Ya casi iba a sentirla a su

alrededor. Que extraño. Notó primero una presión en la cintura y se paró en seco, cortándole la respiración por un instante y alzándola después en el aire. Como si fuera a cámara lenta, pudo ver cómo una gota de sangre de las que le brotaban de la cabeza caía; alejándose cada vez más por la gravedad y porque Dante tiraba de ella hacia arriba para que volviese a recuperar el equilibrio. La gota llegó a aquella serena superficie solo para fundirse con ella sin dejar rastro alguno de haber existido jamás.

- ¡Vamos, avanza hasta el final, Li ya ve la salida desde ahí!

Dante la llevaba casi en volandas, empujándola para llegar cuanto antes, mientras ella se debatía entre quedarse en shock o quedarse a vomitar por toda la sangre que había tenido frente a su rostro.

No tuvo mucho más tiempo para ello, ya que rápidamente Dante y ella llegaron a final, momento en que ambos chicos la agarraron de las manos y tiraron de ella para salir de aquel horrible lugar.

Sin embargo, justo cuando comenzaban a bajar las escaleras, una horrible sensación hizo que los escalofríos se adueñasen de la espalda de Dante, poniéndole la piel de gallina y haciéndole imposible evitar mirar hacia atrás mientras aminoraba la marcha. Nada había cambiado en aquel horrible lugar, pero había algo que lo hacía aún más maligno, peligroso. Letal.

- ¿Ha-habéis sentido eso?

- ¿Qué? – Li miró hacia atrás, para ver de qué estaba hablando su amigo- Tío, yo no he notado nada, serán cosas tuyas. Mejor que nos vayamos cuanto antes y volvamos con el resto. Este sitio te está afectando a la cabeza.

Dándose por vencido y haciendo caso a su compañero, volvió a su ritmo anterior para poder marcharse cuanto antes y así volver sano y salvo junto a Trix. Bajaron rápido hasta el sexto piso, donde reinaban piras ardientes y variedad de símbolos religiosos. Pasaron la quinta planta donde, aunque todo parecía preparado para descansar en las estancias, las manchas de sangre adornaban la zona. Ya al final de la ostentosa y dorada cuarta planta y sin rastro, por suerte, del resto de rehenes que seguramente ya estaban a punto de salir del hotel; Dante no pudo evitar volver a mirar hacia atrás una vez giraron la esquina del pasillo, solo para verlo. Un par de caras familiares le miraban sin verlo, postradas en el suelo. Sus cuerpos sin vida, desgarrados y tirados en el suelo como si fuesen basura. Y un sonido repetitivo de dientes masticando, provenientes de unos perros que allí estaban, devorando aquel exquisito manjar. A su lado una alta figura que claramente tenía su vista posada en ellos tres, aunque fuera imposible verle la cara por su vestimenta. Y empezaba a moverse hacia su dirección. Alguien... Algo corría hacia ellos mientras la

sangre le chorreaba por todo el cuerpo. Llevaba una capucha que le cubría el rostro y era muy rápido. Y les seguía a ellos. Les iba a dar caza.

- ¡CORRED!

Ambos acompañantes miraron hacia atrás para ver qué había asustado tanto a su líder como para que gritase de esa forma y en cuanto vieron al encapuchado no dudaron en aumentar el ritmo todo lo posible para intentar darle esquinazo.

La atmósfera se impregnó de miedo en ese instante.

- ¡JODER, AHORA NO! – gritó Li, el cual claramente no estaba huyendo a su máxima velocidad, pero Dante sabía que nunca abandonaría a nadie.

Pasaron como una ráfaga por la tercera planta, repleta de comida, mientras aquel ser se les acercaba cada vez más, emitiendo gruñidos como único sonido, como si de un perro de presa se tratase. Intentaron probar suerte yendo por varias puertas y pasillos, para ver si su perseguidor perdía el rastro. Pero era imposible. Sabían que al final su destino era la salida. La joven que en todo el trayecto no había dejado de gritar, volvió a mirar atrás, solo para derrumbarse a escasos metros de las escaleras hacia el segundo piso por el terror que aquella figura le causaba, incapaz de levantarse de nuevo.

- ¡VAMOS, NO ES MOMENTO PARA ESTO! – gritaron Dante y Li al unísono, tirando de ella para que se incorporase. Sin embargo, el esfuerzo era en vano, y aquel ser estaba cada vez más cerca.

- Li, cógela en brazos y llévatela.

- ¡¿Qué?! ¡¿Te has dado un golpe en la cabeza o es que de repente eres idiota?! ¡NO VOY A ABANDONARTE!

- ¡Que la cojas y te vayas! – gruñó Dante.

A regañadientes y aun quejándose, Li cogió a la chica en brazos y se fue tan rápido como sus pies le dejaban, mientras Dante aprovechaba para coger parte de una sucia vajilla que se encontraba posada en una aún más roñosa mesa de caoba a la entrada del lugar, y se la tiraba pieza a pieza a su perseguidor intentando así centrar su atención sobre él.

Fallando todos y cada uno de los golpes, gracias a los reflejos de aquel ser, decidió que era mejor intentar correr por toda la planta para hacer que su amigo ganase más tiempo. Se consideró bastante afortunado al esquivar al monstruo el par de veces que se le acercaba, logrando perderlo de vista, ante lo que decidió encerrarse en una habitación

durante un rato.

Al dar un par de pasos hacia atrás para alejarse de la puerta, notó que uno de sus pies dejaba de tocar suelo, para adelantarse de nuevo sobresaltado y hacer caso de nuevo a sus sentidos: En la estancia había agujeros en suelo y techo que aparentemente conectaban con el resto de pisos. Al oír pasos ligeros y ladridos del piso superior, se dio cuenta de que lo mejor era dejar la habitación; decidiendo finalmente seguir ocultándose en los pasillos.

Nada más salir, pudo ver al monstruo a unos metros, por lo que para evitar el ataque se tiró al suelo, arrastrándose bajo las largas mesas de la zona; consiguiendo llegar rápido a la salida mientras su atacante rompía las el mobiliario intentado darle desde arriba. No pudo evitar mirar atrás de nuevo, pero para su gozo esta vez el monstruo se había quedado con el brazo atascado, atravesado por un trozo de madera que seguramente se partió bajo sus golpes, siendo incapaz de poder partirla. Sin embargo, había algo raro en la escena.

"¿La sangre se está moviendo?" Aterrorizado y sorprendido, dante comprobó que tanto la sangre que brotaba del cuerpo de su perseguidor como la ajena que cubría su cuerpo parecía moverse antinaturalmente hacia arriba, cubriendo su mano y su brazo como un guante o una armadura de aspecto demoniaco.

El joven decidió pensar que se trataba de alucinaciones causadas por el miedo y aprovechó la ocasión para correr hacia la segunda planta con todas sus fuerzas. Manteniendo la cautela ante la posibilidad de un nuevo ataque de su depredador, se ocultó en las sombras que se proyectaban detrás de las estatuas mientras avanzaba sigilosamente. Sus peores temores se hicieron realidad cuando la criatura emergió en el piso con una ferocidad imparable, escudriñando su entorno con movimientos ágiles y una determinación que recordaba a los perros de caza en busca de presa. Sin embargo, tuvo claro que lo de antes no habían sido alucinaciones y, aunque el hecho de que la criatura, a pesar de su grave herida en el brazo, continuara con su implacable búsqueda era perturbador, lo que realmente lo dejó atónito fue el descubrimiento de que las manos de la criatura se habían transformado en garras pulsantes, formadas por la misma sangre que brotaba a su paso. ¿Cómo era posible esa manipulación? Estaba claro que estaban al servicio de algo más oscuro y siniestro. La revelación de los poderes demoníacos de aquellos seres solo fortaleció su creencia en la existencia de Él.

Procuró moverse en completo sigilo al percatarse de que aún no había sido descubierto, agachándose y avanzando tan rápido como le permitían sus pies sin hacer el más mínimo ruido. Su perseguidor se desplazaba con paso lento hacia el centro de la estancia, como si estuviera tratando de detectar algún rastro, mientras Dante se esforzaba por mantenerlo

siempre a la vista. La criatura escudriñaba cada rincón, incapaz de localizar su presa, hasta que finalmente optó por dirigirse hacia el extremo opuesto de donde se ocultaba el joven. Aprovechando la oportunidad, Dante aceleró su paso en dirección a la salida, instándole en silencio a marcharse y dejarlo en paz, deseando fervientemente que desapareciera de una vez por todas.

"Bien, - pensó para sí mismo mientras seguía observándolo de reojo – vete, no me veas. Déjame en paz y hazme el favor y muérete de una puta v…"

Entonces, en la segunda planta del torreón, resonó un golpe seco cuando alguien cayó al piso. Dante, desde el gélido suelo donde se encontraba, buscó con la mirada qué había causado ese estruendo, solo para descubrir el trozo faltante en la estatua vecina, el mismo fragmento con el que su amigo había estado jugando apenas unas horas antes.

"¡Li!"

Sin embargo, no pudo lamentarse mucho más, ya que de reojo pudo divisar cómo aquella criatura se lanzaba hacia él. A pesar de quedar paralizado por el terror, intentó retroceder, arrastrándose con la misma velocidad que un caracol. No tardó mucho en sentir la garra izquierda en su pecho, mientras que la poca distancia le permitió ver bajo la capucha de aquel ser. Aquellos ojos gélidos. Letales. No había misericordia ni perdón. Su destino era la muerte, punto final. Tan pronto como la zarpa derecha se abatiera sobre su cuello, todo terminaría. Al menos, ya no sentiría más miedo.

Pero el miedo lo venció y no logró mantener los ojos abiertos, esperando el golpe de gracia, mientras al fondo le parecía oír un sonido agudo.

"¿Serán mis tímpanos estallando por la presión?"

El golpe se hacía esperar, así que, por si acaso la velocidad a la que se aproximaba era incorrecta, Dante abrió los ojos y vio las garras ensangrentadas a escasos milímetros de sus ojos, lo que le provocó sudores fríos que solo pudo aliviar al notar por qué su agresor no había completado su tarea. La criatura tenía la cabeza girada hacia las escaleras que conducían al tercer piso, justo detrás de ellos, como si esperara algo. La luz tenue de la sala iluminó lo suficiente su rostro bajo la capucha para distinguir lo que parecía una máscara de cuero cubriendo la parte inferior de su rostro.

La bestia se volteó por completo después de unos segundos, como si hubiera reconsiderado algo, enderezándose y apartándose de él antes de

correr hacia la planta superior.

"¿Un silbido?", pensó Dante, cuya mente, aún saturada de adrenalina, logró calmar un poco para identificar lo que había escuchado apenas unos segundos antes.

Capítulo 7

En silencio, avanzo junto al grupo, como una sombra entre sombras. Nos dirigimos hacia un nuevo hogar, un refugio que promete nuevas caras y nuevas historias… No es que eche de menos tener familia; la idea de lazos emocionales me resulta distante, un eco lejano de un pasado que apenas recuerdo.

Debo seguir adelante para poder informar de la posición exacta del campamento de estos estúpidos humanos. Emulando inocencia en cada gesto y palabra. Que no sospechen que voy a ser su perdición. Soy un depredador entre presas inconscientes, un peligro acechante que aguarda su momento para actuar.

Aunque mi corazón no late y mi alma está envuelta en sombras, siento la excitación de la caza. Pronto, estos ingenuos descubrirán que su confianza ha sido su perdición, y que la amenaza que acecha en su propio seno es más grande de lo que jamás podrían imaginar.

Capítulo 8

Una vez que los escalofriantes pasos cesaron, Dante se puso de pie sintiendo una descarga eléctrica recorrer su cuerpo. Aún confundido por lo que acababa de suceder, se concentró en salir de aquel edificio lo más rápido posible.

Tembloroso y tambaleante, logró llegar hasta la puerta principal. Al no encontrar a nadie a primera vista, una oleada de pánico comenzó a invadirlo. Sin embargo, un sonido familiar lo sacó de su aturdimiento. Entre la maleza del olvidado jardín de la entrada, vio el rostro preocupado de Li, que con gestos rápidos le indicaba que se acercara.

- ¿Qué te han hecho? ¿Estás bien? – demandó el joven a Dante, mientras le sujetada la cabeza con las manos, revisando en busca de posibles heridas.

- Venga, tranquilo. Entiendo que la situación no era la mejor, pero no es para tanto. ¿A qué viene tanta preocupación? Me estás recordando a mi madre.

- ¿Que no es para tanto? ¡Pero si estás cubierto de sangre!

Las palabras de su amigo lo hicieron mirarse a sí mismo. Efectivamente, tenía los brazos y el pecho salpicados de sangre, lo que indicaba que su rostro probablemente también se encontraría en la misma situación. Sin embargo, aparte de algunos rasguños superficiales causados por la huida, no parecía tener heridas graves. Entonces, ¿por qué...?

Ah.

Claro.

La sangre que aquél monstruo controlaba como si fuesen sus propias manos. Probablemente le había goteado encima cuando se lanzó sobre él para… Un momento, ¿había dejado algún rastro? Alarmado, se giró hacia la puerta, para comprobar que toda la sangre que tanto preocupaba a Li se había quedado adherida a su cuerpo. Con un suspiro de alivio, relajó aún más su ya cansado cuerpo.

- Oye, no me ignores. ¿Qué ha pasado allí dentro? - insistió Li, demandando respuestas.

Tras unos segundos de silencio, Dante finalmente reunió el coraje para romper el ominoso silencio y explicar el evento imposible del que había sido testigo. Antes de que pudiera articular palabra, unos gritos ligeramente lejanos rompieron la quietud de las calles colindantes al hotel.

Sin dudarlo ni un instante, ambos se precipitaron hacia el origen del sonido, con el corazón latiendo con fuerza en sus pechos. En sus mentes, se formaban imágenes horribles de lo que podrían encontrarse: ¿habrían vuelto a capturar al grupo? ¿Sería esta vez el fin de toda esperanza?

Los gritos resonaban en el aire, distorsionados por el miedo y la desesperación. Cada paso los acercaba más al origen de aquellos sonidos angustiantes, cada vez más conscientes de que algo terrible podría estar ocurriendo.

El miedo y la incertidumbre los impulsaban hacia adelante, mientras el viento frío susurraba secretos oscuros que helaban la sangre en sus venas. Pero a pesar del terror que los envolvía, sabían que no podían retroceder. Debían enfrentar lo que fuera que encontraran, incluso si eso significaba enfrentarse a los horrores más oscuros que yacían en las peores pesadillas.

***

Lentos, pero ominosos eran sus pasos a través del largo pasillo del último piso del hotel. Las voces animadas de los demás guardianes se extinguieron al percatarse de su presencia, dejando solo un silencio tenso que persistió incluso después de que pasara junto a ellos. La mayoría hacía lo posible por evitar el contacto visual, tratando de ocultar sus aterradas facciones.

En silencio, se dirigieron hacia la sala de espera, intentando pasar desapercibidos ante aquella figura. Un escalofrío serpenteó por sus espinas cuando los pasos cesaron abruptamente. Con la certeza de que algo maligno se ubicaba a sus espaldas, se mantuvieron inmóviles, con el corazón palpitando desbocado en sus pechos.

La voz de la bestia resonó en el pasillo con un tono dictatorial:

- ¿Dónde está Caifás?

Pluto sintió un nudo en la garganta al escuchar la pregunta; girando el rostro para ver la espalda de aquel monstruo y el aura tan tenebrosa que de su cuerpo emanaba. Pero antes de que pudiera responder, su

compañera se adelantó, tomando la iniciativa:

- ¿Y dónde estabas tú? – espetó Lujuria – Probablemente durmiendo mientras los estúpidos humanos paseaban por el hotel. Caifás puede ser un embustero, pero al menos no es un inútil que solo sabe molest...

En un abrir y cerrar de ojos, el rostro de la bestia estaba frente al suyo. A pesar de que su mente le pedía huir, su cuerpo se mantenía inmóvil, petrificado por aquellos ojos que le decían claramente quién era el cazador y quién la presa en aquella situación. Aunque contaba con su ventaja de altura, Lujuria bajó la mirada en señal de sumisión.

- Si no fuera porque tengo prisa y porque sé que sois unos malditos incompetentes que no saben hacer nada más que satisfacer sus deseos más simples, te daría un repaso sobre el respeto que nos debes a los cuatro de la mente. Tal vez así recuerdes cuál es tu lugar para futuras ocasiones - espetó el encapuchado con voz amenazante.

Tras pronunciar sus palabras, desvió la mirada hacia los otros tres miembros del grupo, buscando respuestas a su pregunta inicial. Con precaución, teniendo en cuenta lo ocurrido, Pluto retomó la palabra:

- Nosotros… acabamos de salir de la terraza. El maestro nos ha explicado el plan y al final se decidió que Caifás sería el encargado de la misión de campo. Creo que os estaban esper…

Sin escuchar el final, el sujeto encapuchado giró sobre sus talones y se precipitó hacia la terraza mientras una sola pregunta recorría su mente: ¿Qué hacía Ubel ahí?

Las paredes del pasillo se desvanecían a su paso, sus pasos resonaban con urgencia, acompañados por la tos asmática de Pluto, un eco lastimoso que apenas lograba escapar de sus pulmones exhaustos. El resto de los guardianes avanzaban indiferentes en la dirección opuesta.

Al alcanzar la puerta, se detuvo con firmeza, como un guardián en su puesto. Inhaló profundamente y aflojó los puños, que habían estado tensos desde su última interacción. No podía permitirse perder el control. Debía mantener la compostura a toda costa si no quería perder su ventaja.

Después de unos segundos, golpes resonaron en la puerta de madera de la terraza. La voz suave del líder dio permiso para entrar, y la figura encapuchada emergió de las sombras del pasillo para unirse a los dos individuos presentes.

- ¡Que alegría verte! – exclamó falsamente el joven de rizos de oro– Seguro que tienes las piernas agotadas por el esfuerzo que te ha supuesto

levantarte y venir. Ya no tienes el cuerpo para dar unas carreras nada más despertar y capturar a un objetivo valioso que… Por cierto, no lo veo. ¿Te lo has comido? ¡Perro malo!

Sentado en el sillón principal estaba el hombre mayor, con barba recortada y cabello largo azabache atado en un elegante moño. Aunque su apariencia resultaba amable, con una mirada agradable y dulce al igual que la fina sonrisa que formaban sus carnosos labios, su aura imponía respeto, dejando claro que era el líder indiscutible del grupo. Le hizo señas al recién llegado para que se acercara, ignorando ambos la palabrería del joven rubio.

Cuando estuvo a su lado, el encapuchado se arrodilló de forma notablemente forzosa ante su señor, en muestra de servidumbre. Sin previo aviso, sintió la enorme presión de la mano del líder apretar su cabeza, mientras le lanzaba una pregunta directa:

- ¿Dónde está el chico? ¿Dónde está Dante?

- Amo, – comenzó el encapuchado con calma, después de dirigir una fugaz mirada hacia el joven compañero que tenía una expresión socarrona en su rostro, disfrutando de la situación - os debo mi vida, mi cuerpo y mi devoción. Os he jurado lealtad y obediencia. Así quedó establecido desde el primer momento. Llamasteis con un silbido y respondí sin dudarlo.

El líder apretó aún más su agarre, pero mantuvo una falsa cortesía en su rostro:

- No es momento de bromas. No estoy de humor para juegos, especialmente después de perder una oportunidad tan valiosa.

- En ese caso, – replicó el encapuchado, elevando ligeramente su rostro para encontrarse con la mirada del líder – sugiero que la próxima vez especifiquéis la prioridad de las órdenes. Si hubiera sabido que Dante era la prioridad, lo habría capturado primero y luego habría vuelto a vuestro lado... Mi señor. - Un tic nervioso se apoderó brevemente del rostro del hombre mayor, revelando su creciente irritación. – Además, creo que por mis servicios merezco al menos una explicación de por qué es Ubel y no Caifás quien ha venido a la reunión.

La expresión burlona y de superioridad del joven se desvaneció por completo de su rostro, mientras entre dientes y con profunda ira le recordaba su nombre al encapuchado:

- Es Axel. Me llamo Axel.

- Axel Ubel, más concretamente. Un nombre es un nombre, al fin y al

cabo.

Ambos individuos se pusieron de pie con evidente intención de enfrentarse, pero fueron interrumpidos por un par de golpes en la puerta. Nuevamente el líder dio la orden de paso y una joven apareció en la habitación, con rasgos suaves pero definidos. Su piel tenía el cálido tono de la miel, con destellos dorados bajo la luz, y sus ojos eran profundos y oscuros como la noche. Su largo cabello liso estaba adornado con delicadas trenzas, de un negro azabache que contrastaba hermosamente con su tez.

Aunque su estatura era modesta, su presencia era poderosa, emanando una sensación de calma y fortaleza interior cautivadora. Vestía con elegancia y comodidad, con accesorios artesanales que contaban historias de generaciones pasadas y llevaban consigo el espíritu de su pueblo. A pesar de las suaves líneas de su rostro, su expresión era dura, y contrastaba con una mancha violeta en su pómulo derecho.

- ¿Llego tarde, maestro?

- En absoluto, Faria. Siéntate, estábamos esperándote para iniciar la reunión. – Mientras los demás procedían a ocupar sus asientos, el hombre mayor tomó con firmeza el brazo del encapuchado. – Tú no. Tienes asuntos pendientes que atender.

- Antes de eso me gustaría saber por qué ha sido Caifás quien se ha ido. Eso no formaba parte del plan original. – Su impaciencia era más que evidente. – Él conoce a…

El líder tiró del brazo hacia sí, su semblante ahora tornado en uno de rabia absoluta.

- Precisamente porque la conoce era la mejor opción. Fue, él propuso el cambio, argumentó sus razones y se consideró que el plan tendría más éxito. - El encapuchado pensó en su interior, "Esa despreciable rata traidora", imaginando el estúpido rostro de su compañero. – Tal vez si siguieras las órdenes desde un principio, no habría tantos problemas para alcanzar la victoria, y quizás Caifás no se habría entrometido.

Con un movimiento brusco, soltó el brazo del encapuchado y, mientras sacaba un silbato para perros de su chaqueta, le espetó las últimas palabras que tenía en ese momento:

- Ahora vuelve y haz lo que debes.

***

Los jadeos de Dante y Li poco a poco fueron dando paso a los gritos que los habían conducido al resto del grupo, para descubrir a varios de sus miembros intentando separa a Thomas de la joven que habían guiado a través del hotel.

Dante lanzó una mirada fugaz de reproche a Li, quien había dejado a la joven con los demás, pero decidió dejar las reprimendas para más tarde y se unió al resto para evitar más problemas. Al llegar junto a Thomas, se interpuso entre él y la joven, quien entre sollozos incontrolables se encontraba de rodillas en el suelo, pidiendo perdón mientras se acariciaba la mejilla, que había adquirido una sospechosa tonalidad rojiza.

- ¿Qué demonios te pasa ahora Thomas? ¿Cuál es tu problema? – inquirió Dante, agarrando los hombros del doctor mientras Li tiraba de su pecho desde atrás.

- ¡Ella es el maldito problema! Este imbécil que tengo detrás ha dicho que nos han encontrado por su culpa y aun encima no deja de lloriquear por su propia sangre. ¡Nos van a matar a todos!

- ¡Yo no he dicho que haya sido culpa suya! – Li se giró hacia su amigo con una expresión suplicante, buscando su perdón – Solo dije que se tropezó y de repente empezaron a perseguirnos, pero en ningún momento dije que supieran dónde estamos ahora.

- No creo que Li te dijera que abofetearas a una pobre chica que apenas recuerda cómo hablar, ¿qué clase de médico eres?

Ante la acusación, Thomas intentó golpear a Dante, pero su desventaja física y la intervención de los presentes impidieron que lo lograra, obligándolo a calmarse.

Una vez serenado, Li se acercó a la chica para consolarla, mientras Dante, con los brazos cruzados sobre el pecho, esperaba una explicación de Thomas; quien, tras reflexionar, se disculpó con todos en general y con la joven en particular, ofreciéndose (a regañadientes, según Dante) a tratar sus heridas.

Tras asegurarse de no dejar rastro alguno, el grupo abandonó las calles del casco antiguo de la villa para dirigirse al hospital y reunirse con el resto.